

## NOTAS ALTAS Y BAJAS

# Una merecida ovación para la Miami Symphony

DANIEL FERNANDEZ  
El Nuevo Herald  
Artes y Letras  
02/29/08

### UNA MEREcida OVACION PARA LA MIAMI SYMPHONY

Con el estreno nacional del *Concierto para clarinete y orquesta de cuerdas*, de Alex Berti comenzaron la Miami Symphony y su director Eduardo Marturet el concierto de la noche del domingo en el Lincoln Theatre de la Playa. Puede llamar la atención que un compositor se dedique al contrabajo; pero baste recordar al genial Giovanni Bottesini para entender que a pesar de su discreta --aunque fundamental-- función en la orquesta, el contrabajo parece ser un instrumento que inspira.

Esta obra se percibe como de carácter mixto, y se inserta dentro del eclecticismo imperante sin que predominen ritmos o melodías que lo identifiquen con ningún tipo de música étnica, lo que dice mucho del autor, quien era parte de la orquesta. El concierto se deja escuchar con facilidad y la parte solista, a cargo del formidable Alexander Firtstein ostenta pasajes melódicos de gran belleza. Un momento muy especial de la noche fue cuando el propio compositor introdujo una bella melodía en el segundo movimiento, también su diálogo con el solista. Aunque el tercer y último movimiento se identifica como *Presto*, hacia el final se desvanece con suavidad como un *Adagietto*. A pesar de su novedad la obra fue muy bien acogida por el público.

Aunque hay que admitir que la siguiente oferta de la noche, el *Concierto para violín y orquesta en sol menor, op. 26*, de Bruch fue mucho mejor recibida, sin duda por resultar más familiar a los asistentes. La violinista Celeste Golden es muy joven; pero ya está reconocida como una de las grandes exponentes de su generación en su instrumento. Su entrega de esta intensa obra fue simplemente impecable. Golden cuenta con ataque vigoroso, pero no teme demostrar su sensibilidad en los aires *cantables*. Su ejecución fue vibrante y brillante y la orquesta se mostró como un digno marco de apoyo para la talentosa joven. Pero fue la segunda parte de la noche, la *Sinfonía no. 1, en do menor, op. 68*, de Brahms lo que permitió a la Miami Symphony y a Marturet destacarse en toda su potencia. Se trata de una obra compleja que empieza a golpe de tambor --literalmente-- y se mantiene en un nivel creciente de intensidad que no da margen para distracciones ni interpretaciones fáciles.

Aquí la orquesta se mostró en absoluto acople y Marturet se dio gusto, por momentos parecía que 'valsaba' sobre el podio, y la sonrisa no abandonaba sus labios en una expresión de absoluto disfrute. Al estado catártico del director correspondieron los músicos con una cuidada ejecución, donde apenas pudo apreciarse algún desliz sólo captado por los de oído más entrenado. El último movimiento *Adagio* fue una carrera hacia la gloria. Mención especial para los trombones y para la siempre destacada Deborah Welsh-Ibáñez en los tímpanis. También tuvieron su momento de brillo las flautas y en realidad todas las maderas. Fue un trabajo cuidado, apasionado y sentido que bien mereció los más de 10 minutos de ovación.